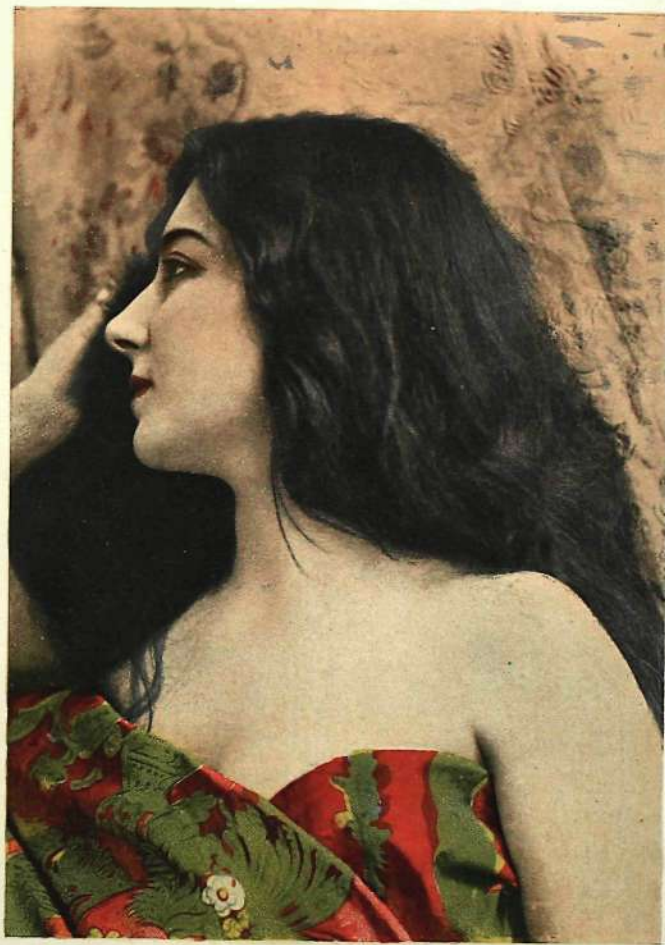


IRIS



ADMINISTRACIÓN
50, PLAZA DE TETUÁN, 50
BARCELONA

IRIS

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN
50, PLAZA DE TETUÁN, 50
BARCELONA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

ANDALUCÍA

POR

MARTÍNEZ BARRIONUEVO

68 cuadernos, que forman 2 tomos, y encuadernada
con tapas especiales, 78'50 ptas.

EL LLANTO DE UNA HIJA

POR

ALVARO CARRILLO

63 cuadernos, que forman 2 tomos, 15'75 pesetas.
Encuadernada 18'75 pesetas.

LAS MUJERES DE CORAZON

POR

ALVARO CARRILLO

35 cuadernos, que forman 2 tomos, 17'50 pesetas.
Encuadernada, 20'50 pesetas.

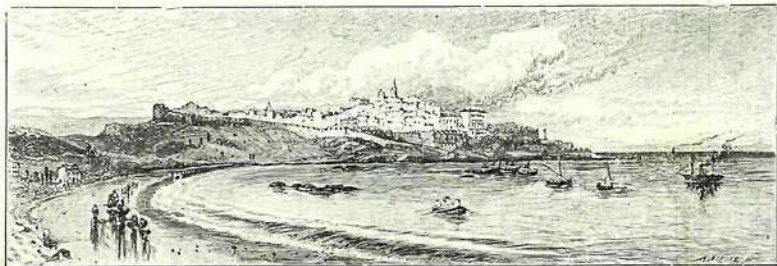
REINAR DESPUÉS DE MORIR

POR

M. AMOR MEILÁN

Adornan la obra preciosas láminas.—65 cuadernos,
que forman 2 tomos, y encuadernada, 19'50 ptas.

POR TODO MARRUECOS



POR

JULIÁN ÁLVAREZ DE SESTRÍ

Obra ilustrada con magníficos grabados, según fotografías ó dibujos del natural.—Un tomo en tela 7'50 pesetas.

Ayuntamiento de Madrid



CHARADAS

¿Qué hubieran dicho en la Dirección si D. Pedro Nolasco Rodríguez hubiese dejado de llevar a su familia a San Sebastián? ¿Podía Rodríguez, jefe del Negociado de «Cal y Arena» en Fomento, permanecer decentemente en Madrid cuando se marchaban todos sus compañeros? No; era preciso, indispensable, hacer como los otros, por más que fuese problema de difícil solución el de procurarse el dinero necesario para el veraneo en la capital donostiarra. Todo lo vence, sin embargo, un jefe del negociado de «Cal y arena», y los Rodríguez, pagando D. Pedro un cinco por ciento cada mes a un prestamista, pudieron tomar el tren y respirar las frescas brisas (cuando no son calientes) del Cantábrico.

La plantilla de la familia Rodríguez se componía de los siguientes individuos: D. Pedro, jefe, cincuenta y cinco años; D.^a Concepción, su esposa, treinta y cuatro, según la cédula; Amparo, hija de ambos, veinte; Alfonso, hijo de los antedichos, diez y ocho; Paco, Mercedes, Cristina é Isabel, de 15, 13, 9 y 5 primaveras respectivamente; Engracia y Prudencia, cocinera y camarera. Total, 10 plazas, con un presupuesto siempre con déficit, de quince mil (pesetas), á pesar de no exceder la consignación de una tercera parte.

Amparo era hermosa como un sol, aunque la comparación resulte poco grata en pleno agosto, y era natural que abundasen los osos en la acera de enfrente de su casa, por más que ninguno de aquellos inteligentes animalitos estuviese en disposición de ascender á marido de la bellísima y no menos elegante niña. Amparo cantaba divinamente *No tornó* y bailaba de una manera admirable *el boston*.

Alfonso, en cambio, era una calamidad; su memoria no reconocía límites; ¡era atroz! Estudiaba por cuarta vez segundo de matemáticas, por tercera segundo de francés y por segunda historia universal. En cambio, gastaba mucho en vestir, era la animación de las tertulias y aceptaba con verdadero gusto el papel de bobo en todas partes, mientras hubiese pollitas que le riesen las bobadas.

Hubo de suceder, pues, que á los pocos días de hallarse en San Sebastián la familia Rodríguez fué invitada á una reunión que daba *el Director*, jefe inmediato de D. Pedro Nolasco en el ministerio, en celebración de su fiesta onomástica (San Cayetano). ¡Qué satisfacción fué tan grande para Rodríguez verse honrado de tal manera por su superior jerárquico! Vestido, pues, de rigurosa etiqueta y en compañía de su mujer, de Amparo, Mercedes y Alfonso hizo su entrada con una mezcla de orgullo y de respeto en casa de D. Cayetano, que le recibió con placida sonrisa, y como si se tratara de un igual.

Brillante aspecto presentaban á la sazón los salones de la morada directorial, honrada por la presencia del Ministro, y sin lisonja puede decirse que desde el primer momento pasó á ser Amparo la reina de la fiesta, eclipsando á las chicas del Director, á pesar de tratarse, en realidad de verdad, de que éstas brillasen algo, sin temor á verse oscurecidas, por lo cual había precedido la más severa selección en las invitaciones.



Amparo reconoció entre sus caballeros á muchos á quienes había visto en la acera del Gran Casino y al rededor de las ruletas en la playa, y D. Pedro Nolasco precisó todavía más al enumerar sus respectivas profesiones: el uno era el hijo del marqués de Calvatrueno, noble tronado; el otro sobrino de un brigadier retirado y novio de su prima; éste desempeñaba en Madrid un destino de tenedor de libros en un almacén de curtidos, aquél era jugador de profesión. Total, que ninguno de ellos servía.

Pero ni aun no sirviendo podía tolerarse que todos á una acudiesen como las moscas á Amparo dejando completamente olvidadas, y sin bailar, á las hijas del Director, por lo cual este resolvió poner término á semejante situación proponiendo se suspendiera la danza, pues las señoritas debían sentirse sobradamente fatigadas, y en su lugar se matase el tiempo con *charadas en acción* ó representadas, diversión honesta y descansada, al mismo tiempo que muy al caso para favorecer el desarrollo de la inteligencia.

No les hizo mucha gracia aquella alteración del programa á los invitados, pero ¿qué más remedio? Además, tratábase para la familia Rodríguez de la única especialidad en que sobresalía Alfonso.

—Alfonso, —exclamaron á coro una porción de niñas. —A ver si nos propone usted una charada, pero facilita ¿eh?

El chico respondió escusándose, pero ante la ligera insistencia de sus amigas acabó por ceder, pidiendo permiso únicamente para ir en busca de algo.

—Todo está á su disposición, querido, —le dijo D. Cayetano con la mayor amabilidad. —Usted mismo recorra toda la casa y tráigase lo que quiera.

A los tres minutos estaba ya de vuelta Alfonso, con una cama de muñeca, un vaciado de una cara y un número de *El Tiempo*.

—A ver si adivinan ustedes, —exclamó riendo, —¡Atención! *Primera y segunda*.

E hizo pasar de mano en mano el primer objeto nombrado.

—¡Cama! ¡Cama! —gritaron diez ó doce voces argentinas.

—¡Tercera!

Y entregó el vaciado, sacado de un busto de hombre.

Nadie decía la sílaba.

—¿Cho? No; ¿irin? tampoco; ¿ira? menos.

De pronto Mercedes, que también formaba parte del corro, gritó:

—¡Feo!

—¡Bravo! ¡Camafes! —repuso Alfonso; —pero no hemos acabado aun. Y le llegó la vez á *El Tiempo*, sobre cuya primera letra aparecía una gran D.

—¡Del tiempo!

—Eso es. Ya sólo falta lo último: dos sílabas.

E hizo pasar de nuevo el vaciado, que esta vez no dió lugar á dudas.

—¡Viejo!

—¡Magnífico! ¡Camafes del tiempo viejo! —exclamó Alfonso.

Y todo el mundo estalló en carcajadas, riendo la gracia de Alfonso, sobre todo, el ministro.

Una persona había, sin embargo, que en vez de reír se mostraba ceñudo y disgustadísimo: D. Cayetano.

¡Alfonso había tomado el vaciado de su busto, obra de un escultor agradecido, que se había empeñado en inmortalizarle durante los baños!

Nada dijo, sin embargo, ni dejó entrever, pero al día siguiente, con indecible espanto, recibía D. Pedro Nolasco Rodríguez su cesantía por telégrafo.

RITSCH





LA HADA DEL BOSQUE

Ayuntamiento de Madrid

COSAS DEL DIA

Seguimos disfrutando la agradable temperatura del Senegal, con cuyo plausible motivo y pese á lo avanzado de la estación, continúa emigrando gente de la condal ciudad, y los que no podemos ó no queremos imitar este ejemplo continuamos también adelgazando cada vez que salimos de casa. Hay ciudadano que pierde invariablemente un kilo por hora, siempre que abandona la protectora sombra de su hogar (donde se pasea en calzoncillos y babuchas morunas), y tiene que lanzarse por esas calles de Robert para ir á sus ocupaciones.

Solo por imperiosa necesidad, por aquello de que el deber es antes que todo (incluso el pagar), se pueden arrostrar las iras de Febo, que, sin duda, tiene algún agravio que vengar en nosotros, pues no de otra manera se comprende la crueldad con que nos trata.

La intensidad y persistencia del calor que es general... con mando en todas las plazas de la Península, explica muchas cosas, por ejemplo: que los hombres anden á tiros por la Rambla; que ciertos individuos del sexo débil se peleen furiosamente y se disloquen brazos á palos y se pongan las bellas u horribles faces hechas un mapa; que la policía desentra parejas de tórtolos escapados de los hogares



FIESTA MAYOR DE VALLCARCA: EL COTILLÓN PRESIDIDO POR LOS GIGANTES

paternos y refugiados en una fonda de sños, por *mor* de la economía, y que la gente se retraiga de asistir á paseos y teatros.

Esto último, sobre todo, ha llegado á un extremo alarmante... para las empresas. Verdad es que las obras puestas en escena suelen ser malas y que los artistas no son muy buenos; pero ni unas ni otros eran mejores años pasados y los teatros se llenaban.

Sin embargo, no hay que echar al calor toda la culpa. Tiénenla también otras dos causas: primera la falta de dinero y de humor, por parte de muchos; y segunda la perversión del gusto en la generalidad. Para llamar gente á un coliseo hay dos caminos: representar obras tan... tan... eso como *Mio principe*, aunque las haga una compañía de gatos como los que han estado mayando una porción de días en el *Gran-via* ó buscar alguna *gran atracción*, agena por completo al arte, como la titulada *Bella Geraldine*, que se exhibe en el *Nuevo Retiro* ó el hombre que rompe herraduras á puñetazos y se deja quebrantar piedras sobre la cabeza á golpes de maza y hace otra porción de barbaridades en el *Jardín Español*. Se llegará á presentar la *mujer con barba*, en un entreacto de *Marina* ó como dije en otra ocasión, (lo cual prueba que desde entonces no han cambiado las cosas, por desgracia) se anunciará como fin de fiesta la corrida de un corista embolado, para que puedan subir al escenario á capearlo los concurrentes á quienes tire la afición.

Como no soy de estos, ni siquiera de los otros, de los que gozan viendo partir adoquines á bocados ó tragar sables ó comer estopas encendidas, figuro también en la lista de los que *se abstienen* y procuro distraerme asistiendo á las fiestas mayores que se celebran en los pueblos inmediatos y que, como la reciente de Vallcarca, ofrecen detalles tan agradables como pintorescos. Y por lo visto, va habiendo muchos de mi opinión.

En cambio no pocos compañeros míos discrepan bastante de mi parecer respecto á otros asuntos; por ejemplo: las relaciones que deben mediar entre los que, bien ó mal, manejamos la pluma, y el modo de zanjar las cuestiones que del ejercicio de nuestra profesión se originen. ¡Periodistas que se baten! ¡Periodistas que andan á palos! Esto es menos efecto del calor que de nuestra estúpida manía de traducirlo todo del francés.

Antes semejantes lances eran rarísimos y para que se produjesen precisaba una causa verdaderamente grave. Ahora, contagiados por el ejemplo de los periodiqueros ultra-pirenaicos, á quienes hay también algunos que procuran imitar en la grosería y procacidad de sus ataques, cuando no hacemos andar de Ceca en Meca á los padrinos, como si fuésemos anabaptistas, nos damos de puñetazos á semejanza de mozos de cordel, ó de palos, cual cocheros borrachos. ¡Y nosotros pretendemos dirigir la opinión y ejercer poderosa influencia en la masa del país! ¡Y nosotros llamamos sacerdocio á nuestro *modus vivendi* y nos declaramos inviolables, intangibles, y ponemos el grito en el cielo cuando á nuestros desahogos ó á nuestras demasías encontramos la menor cortapisa! ¡Buena está la religión que tiene ministros que andan á tiros y á bofetadas y á mordiscos (se han dado casos), á cada dos por tres y por una nimiedad cualquiera! ¡Aviada está la opinión con tales directores!

Es preciso decirlo muy alto: ni el duelo es propio de caballeros sino de vanidosos sin creencias que por lo común acuden *al terreno* por el qué dirán y con más alcohol y más miedo que vergüenza, ni el pugilato ó el *bastonato* son procedimientos de personas cultas, ni aquel ni estos resuelven nada, ni ese es el camino.

Triste es que cualquier perdulario que disponga de las columnas de un periódico tome este por escupidera de sus personales rencores y lo manche con procaces insultos; pero el correctivo debe buscarse por otros medios que los indicados, los cuales, según lo acredita la experiencia, nada corrigen.

Si tuviera tiempo y lugar algo diría respecto á los indicados medios; como quiera que uno y otro me faltan, limitome á rogar á mis compañeros que procuren moderarse en palabras y obras para no ser confundidos con los vanidosos, ni con los hombres incultos, ni con los perdularios á quienes, en tésis general, me he referido.

Ya que nos tenemos por sacerdotes, no es cosa de proceder como si estuviesen suprimidas las dos primeras letras del título que modestamente nos hemos adjudicado.

¡Hay que comprimirse, queridos colegas!

EDUARDO BLASCO



DESPUES DEL BAILE DE RAMOS



UN PAJE COMO HAY POCOS

Ayuntamiento de Madrid



PEPA LA GITANA

I

Manolín al llegar á su casa, á la salida del taller, se tumbó en su cama á paladear el gozo que hubo de producirle la sonrisa de Pepa. ¡Dios de Dios! ¡Pepa le había sonreído! Verdad que su trabajo le había costado conseguirlo; diez meses de ronsa, desmpeñándole la calle y todos sus ahorros gastados en adornarle con flores la ventana todas las noches, sin que ella lograra saber fijamente quién era el nocturno decorador de su reja.

Pepa, por fin, le había sonreído, y sonriéndole la veía flotar en su pensamiento, como engarzada en refulgente nímbo de luz divina, con sus grandes ojos de antilope, la negrísima guedeja partida en bandas sobre la aterciopelada frente y trenzada sobre el vértice de la cabeza en graciosísimo coco; el perfil agitanado, la boca encendida y fragante como flor en capullo, la tez morena y sonrosada, el mórbido cuello ceñido por ancha cinta de felpa, el arrogante busto envuelto en rojo pañuelo de crepón, la falda, de percal oscuro, el microscópico pie calzado por brodequines de becerro blanco; gentil, risueña, vibrante de vida.

Manolín suspiraba, y cuando la última claridad del crepúsculo vespertino dejó de alumbrar la estancia, se puso en pie de un salto; tenía que vestirse para luego pasarse la noche buscando, como quien busca candelá, por todo el barrio, á la tirana de su corazón y reina absoluta de sus pensamientos.

Ya estaba Manolín vestido con la ropita de cristianar, el amplio pantalón oscuro ceñido en la cadera y cayendo en ligeras ondulaciones sobre las cañas de color marrón de los zapatos de charol; la holgada cazadora sin entallar y el sombrero negro de rígidas alas sobre la frente, cuando penetró en la sala su madre.

—Anda, anda,—exclamó ésta mirando á su hijo con la rugosa cara llena de gozo.—Pa que luego digan que el nieto de mi madre no es el mejor mozo de España.

—Eso es que tú me miras por el boquetillo del querer que me tienes.

—Yo quererte á ti ¿pos si no te pueo ver, si me estás quitando der mundo á puro darme esazones y tabardillos!

Y diciendo esto la vieja arreglaba á su hijo la pechera de la camisa.

Manolín cuando su madre hubo terminado de arreglarle la pechera le rodeó el cuello con un brazo, y la dijo después de besarle con ahínco en las chupadas mejillas:

—¿Que tú no me quieres á mí? Mejor y más mejor, con eso tendrá más mérito el que yo no vea más que por los ojitos de tu cara.

—Eso es lo que tú tienes, muncha letra menna, mucho y mucho jarabe de pico.

—Güeno, está bien, pero me voy á escape, que esta noche vamos á la feria yo y el *Cantimplora* y el *Pimpi* y el *Niño del Serrojozo*.

—¿Y dónde vas tú con esas tres púas?

—A buscar un ruiseñor que de cuando en cuando se me para á cantarme en la tablita del pecho.

—No será mal ruiseñor el que á ti te canta.

—Más y más bonito que una onza de oro y más y más bonito que una rosa de pitimín.

—Pos no te fies tú de ese pajarito, que es un pajarito con la sangre más negra que el jumo.

—Pero ¿qué es lo que te ha hecho á ti ese lucero pa que lo tengas como lo tienes atravesao?

—¿A mí? Ná, que yo sé más dormía que tú despierto, que me parece que ese es un mar camino pa los *piurres* de la prenda que yo más quiero.

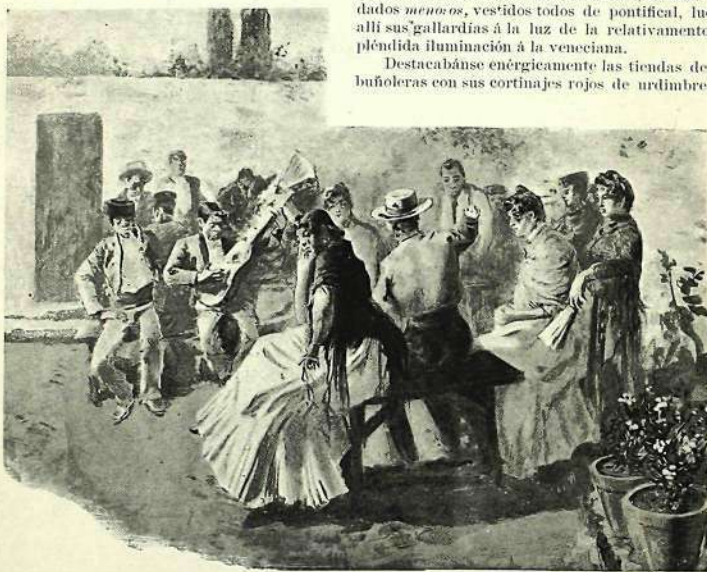
—Tú no estás bien der tó; á esa *gachi* no le lleva naide el purso en lo de güena más que la que me hizo el favor, ó el disfavor de echarme al mundo.

Y, diciendo esto, se dirigió Manolín á la escalera, mientras la vieja se dirigía al balcón, donde permaneció hasta que su hijo hubo traspuesto gallardamente por la esquina.

II

La multitud se apiñaba en las calles del *Molinillo* que desaguan en la plaza donde siempre es situado el real de la feria; todo cuanto el barrio encerraba de mérito por aquel entonces, las mujeres de más trapío, los barateros de más renombre, los más atildados *menos*, vestidos todos de pontifical, lucían allí sus gallardías á la luz de la relativamente espléndida iluminación á la veneciana.

Destacábanse enérgicamente las tiendas de las buñoleras con sus cortinajes rojos de urdimbre ba-



rata, sábanas blanquísimas y múltiples banderolas; las atezadas sacerdotisas de aquellos templos erigidos al amor, al aguardiente y á la masa en su punto, mariposeaban unas deteniendo al transeunte con la sonrisa más zalamera y el chiste más picante en los labios y la tentación en la típicamente engalanada persona, en tanto las compañeras, las apartadas por los años del oficio de simbel, vigilaban las sartenes colocadas en las improvisadas hornillas.

Volteaban vertiginosamente los *tío ricos* al son de la monótona música de la murga; adoptaban rapaces y rapazas bélicas actitudes en los eaballos de madera; pregonaban los vendedores sus mercancías al frente de sus portátiles establecimientos; resonaban vibrantes y sonoros los cantos populares al son de las moriscas guitarras.

En casa de Pepa se había improvisado el más brillante *jolgorio*, Pepa había bebido más de lo que por su fortaleza le era permitido, acosada por *Toño el Cabezota*, y esa por mí y esta por tí y aquella por el Espíritu Santo, era lo cierto que sentíanse ya los bebedores capaces de hablar de tú á la Trilogía divina.

Pronto empezó á nublarse el ciclo de aquella noche de solaz y yunquea; el *Cabezota*, el *Miquelo* y el *Molete* empezaban á ponerse un poquito *pehuazos*; al primero se le había reverdecido el amor que hubo de sentir meses atrás por Pepa, la cual, caldeada por el alcohol, lo miraba traidora y sonriente, con los ojos entornados y adormecidos, levantado el espléndido seno y retrepada gaillardamente en la silla.

—¡Que baile el tango el *Cabezota*!—gritó tambaleándose *Pepe Narices*.

—¡Sí, sí, que lo baile!—gritaron muchos de los que formaban la alegre concurrencia.

—Y tú ¿qué dices á eso? ¿Lo bailo ó no lo bailo?—preguntó *Toño á* Pepa.

—Ya lo creo que sí, ¡Pos no faltaba más!

—Yo no hago ná de balde, yo bailó si es que tú me das después esa rosa que ties puesta en tu pejiño negro y rizado.

—Eso sí que no: esta rosa es de un duende, y si te la doy pudieran hacerme mal de ojo.

Y al decir esto miró furtivamente Pepa á Manolín, que oía la conversación pálido y ceñudo situado á algunos pasos de ella.

—Ca, mujer, ea; á tí no hay quien te haga mal de ojo tan y mientras á mí me dé el sol en la cara.

—¡Que se la dé!—gritó *Miquelo*, mirando con estúpida expresión de borracho á la muchacha.

—Pos anda ya, y baila ya, y asín que baile te la dará.

Manolín al oír aquello se puso lívido y se mordió los labios.

El *Cabezota* al son de las guitarras y del acorde palmoteo se lanzó al centro del patio. Bien hacia la fama en pregonar su maestría en mover las extremidades pedestres. Bailó *Toño* con gracia inimitable como si estuviera descoyuntado su cuerpo, con ademanes raros y lascivos, fingiendo ora el espasmo brutal en sus más chavacanas manifestaciones, ora la caricia suave; ya cansancios voluptuosos, ya febriles energías y al par que todo su cuerpo tomaba parte en aquella rimada bacanal, su rostro reflejaba aquel á modo de deleitoso paroxismo y sus ojos brillaban á veces con ardiente intensidad de fiebre, á veces con dulcísimas molicies y plácidos enervamientos.

La terminación del baile fué aecigida por una salva de aplausos y el *Cabezota* embriagado además de por el aguardiente por el triunfo, arrugado el traje, sudoroso, deshecho el lazo del rojo pañuelo de seda que le servía de corbata, con el sombrero en la coronilla se dirigió á Pepa y le dijo con acento entrecortado por la fatiga:

—Vamos á ver si me das esa rosita que me he ganao con el sudor de mi frente.

Pepa vaciló un instante, volvió á mirar á hurtadillas á Manolín, le irritó la mirada amenazadora de éste.

—Vaya, hijo, toma y quiera Dios que no me jagan mal de ojo,—dijo Pepa dando la flor á *Toño* que se la colocó orgullosamente en la solapa de la cazadora.

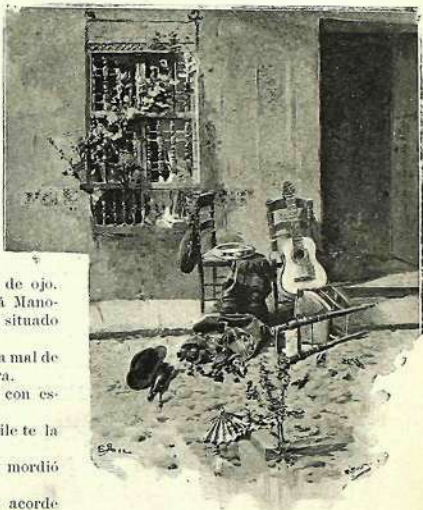
—Que Dios se lo pague á usted, Pepa,—dijo á ésta en aquel momento Manolín con voz llena de reproches.

Quedó Pepa confusa un punto, y después sobreponiéndose á su turbación dijo á Manolín con acento ligeramente irónico:

—Pos mire usted, se me había orviáo como las cosas orviás que usted me la había pedío, créámelo usté por la salú de la marecita mía.

—Ya se ve, no tié ná de particular, ¡soy yo tan poquita cosa!

—Eso digo yo, ¡cómo es usted tan poquita cosa, no tié ná de particular!—exclamó el *Cabezota* sin mirar á su adversario.



Pepa se echó á reír, el vino se le había puesto sobre la prudencia y las buenas intenciones.

—Pero tú se puce arreglar, se la pía usté á *Toño* y *Toño* se la dá á usté y tan agradeo.

—Eso digo yo, ¿verdad *Miquel*? Que me la pía á mí y yo se la daré y tan agradeo.

Manolín contempló con extraña expresión á Pepa y después revolviéndose amenazador contra el *Cabezota* dijo á éste al par que lo cogía violentamente por un brazo:

—Pos ya lo está usté oyendo, ¡qué se le va á hacer! De menos nos jizo Dios, que nos jizo de un soplo y de un tentón y de una chispa de polvo.

El *Cabezota* miró con terrible expresión á su adversario; las gentes que rodeaban á los protagonistas de esta escena se abalanzaron al grupo, hombres y mujeres, protestando todos de la mala sangre de Pepa, pero de pronto todos se replegaron violentamente, formando coro al redor de los combatientes; el *Cabezota* esgrimía ya tremendo cuchillo en la siniestra mano, Manolín, valiente y sereno y sin arma alguna, esquivó de un salto la primera acometida de su enemigo, pero al hacerlo resbaló cayendo violentamente contra el suelo.

Un grito terrible se escapó de todas las gargantas, todos los circunstantes retrocedieron espantados cerrando los más pobres de espíritu los ojos para no ver la terrible escena; el *Cabezota* rugiente, rencoroso, horriblemente embriagado se arrojó sobre el caído; y fué á hundir en sus espaldas el formidable acero, pero en aquel instante supremo Pepa la *gitana* con el hermoso semblante contraído, flameantes los negrismos ojos se acercó de un salto á *Cabezota*, arrancóle el cuchillo de la crispada mano y la rosa de la solapa de la chaqueta al mismo tiempo que se incorporaba rápido Manolín y al par que daba á éste la codiciada flor, gritó con acento ronco al *Cabezota*, al par que le golpeaba con el microscópico pie de idolo de chino:

—¡Cobarde! ¡Cobarde! ¡Cobarde!

Y mientras *Cabezota* luchaba por levantarse, mirándola con expresión de idiota, Pepa se alejó llevándose casi á rastra y ayudada por varios de los concurrentes á Manolín, que oprimía en la crispada mano aquella rosa que la noche anterior hubo de poner convulso de pasión en la florida reja andaluze de Pepa, la gitana más bonita del barrio de Capuchinos.

ARTURO REYES

MELILLA



ENTIERRO DEL GENERAL D. FERNANDO ALAMEDA.—LA COMITIVA EN DIRECCIÓN AL CEMENTERIO
(Fotografía de Peso y Planas)

UNA CASAMENTERA

Tiene D.^a Inés Vilar
(la viuda de un intendente
fallecido en Ultramar)
el prurito de casar
á todo bicho viviente.

Tan astuta como lista,
logra siempre su deseo
sin hallar quien la resista;
porque es del santo himeneo
la mejor propagandista.

Por lo cual tienen razón
las incasables jamonas
en tenerla estimación;
porque es de las solteronas
el puerto de salvación.

A dos de ellas, dos arpías
que jamás, por repugnantes,
oyeron galanterías,
las casó con dos cesantes
del ramo de loterías.

Y á una vieja carcamal,
pero que tiene millon
y medio de capital,
la ha casado tambien con
un muchacho sin caudal.

No son para D.^a Inés
obstáculo las edades
y sigue fina y cortés,
concertando voluntades
sin el menor interés.

Por lo cual D. Bernabé,
que nunca repara en modos,
guasón la dijo: —Usted que
pretende casar á todos,
¿por qué no se casa usted?

—¿Casarme de nuevo yo?
¡Permita usted que me escame!
D.^a Inés le contestó,
pues no ignoro, amigo, no,
que el buey shelto bien se lame

En mi vindez soy feliz,
y le pido á San Antonio
que me libre del deslíz
de sujetar mi cerviz
al yugo del matrimonio.

—No se quiere usted casar?
—No tal, mi vindez bendigo;
pues no debe usted ignorar
que una cosa es predicar
y es otra cosa dar trigo.

J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE



EL PROCESO DREYFUS

Ahí van una porción de retratos de personajes que actúan como jueces en el famosísimo proceso. ¿A qué hablar de ellos cuando la prensa diaria ha divulgado hasta lo infinito sus declaraciones? Todos han hecho justicia



COMANDANTE
JUNCK

y atestiguado el mayor respeto a la viuda del coronel Henry, que cumplió noblemente con su deber al tratar de reivindicar la memoria de su desdichado marido; todos han reconocido el valor cívico de M. Casimir-Perier, y han demostrado su creencia en la imparcialidad final del coronel Jonaust; pero, en cambio, ¡qué no podría decirse de esos

generales Mercier y Chanoine, de ese archivero Gribelin, de ese comandante Junck y de otros que han hecho el tristísimo papel que sabemos todos! Desde que Labori le dejó pegado a Mercier, este señor pareció hombre al agua; pero no ha tenido comparación la estocada del célebre abogado con la formidable carga a fondo del capitán Freystetter, uno de los vocales del Consejo de Guerra que condenó a Dreyfus en 1894,



M. CASIMIR PERIER

gracias al *dossier secret*. Freystetter no ha querido callar más y ha tirado de la manta, diciendo cuántos y cuáles eran los documentos contenidos en el

dossier secret; cartas falsas, como la del coronel Panizzardi; una biografía de Dreyfus, escrita por el coronel Paty du Clam y rasgada luego por Mercier, porque si... ¿Por qué rasgó Mercier el papel que le dió Paty du Clam?



MME. HENRY

Entre los peritos llamados a emitir su opinión sobre el *bordereau* sobresale como una colosal calabaza entre pepinos el célebre Bertillon con su *Kust*, que con el Q. de Beaurepaire hacen dos... ¡Qué hombre ese Bertillon! ¡Lástima que no sea español, para encasillarle como diputado, pues había de darle dentera al más interminable de nuestros interminables

oradores! Bertillon inventó un sistema de rectángulos para demostrar que por más que diga Esterhazy, el *bordereau* no lo escribió dicho cristiano caballero, sino Dreyfus, el judío, y no hay quien lo apee de su *retículo*.

Ello es que con la declaración de Freystetter el *affaire* ha entrado en una nueva fase, y que quien



CORONEL
JONAUST



GENERAL BOISDEFFRE



GENERALES CHANOINE Y MERCIER

tres disgustos de órdago. Así habrá terminado el tremendo duelo entre la verdad y la impostura, y Francia habrá dado al mundo el consolador es-

pectáculo de una nación que tiene por divisa: *Fiat justitia et ruat calum.* Si Dreyfus resulta inocente, como no puede menos de ser, peor para los militares oficinistas que no vacilaron en olvidarse de que tenían espada para dedicarse en colaboración con los poli-

selas con otra clase de facciosos, hubiera llevado la represión hasta el mayor extremo de dureza; pero se ve que los partidarios de que se deshonre a Dreyfus, por ser correligionario de las esposas de muchos empingorotados y ex tronados nobles, de los



GENERAL GONSE

jaz. El gobierno, escandalizado de que hubiera jefes y oficiales dedicados á tales *comisiones* ha dispuesto que ese negociado salga del ministerio de la Guerra y vaya á formar parte de la dirección general de Seguridad, donde estará más en carácter. Aparte del proceso, que tiene el privilegio de interesar apasionadamente á la mayor parte del mundo civilizado, hay que tener también



GENERAL ROGET

en cuenta lo que está ocurriendo con los antisemitas del fuerte Chabrol, y es que parece imposible la debilidad que demuestra el Gobierno francés para que cese ya un espectáculo tan grotesco, si es que no se quiere que los guerrinistas continúen en la imprenta del *Anti-Juif* hasta la Exposición, á fin de que los extranjeros puedan pagarse el gusto de ver, además de la Gran Rueda y de los Dos Palacios, una fortaleza sitiada.

A buen seguro que si en vez de tratarse de *anti-dreyfusards* hubiese tenido el gobierno que haber-



M. COCHEFERT

zontes, á hacer uso del rascador, la goma y demás ad-

que más gritan contra él, gozan del privilegio de la inmundidad anti-dreyfusaria. El gobierno dice que procede con la inaudita flaqueza que viene observando desde un principio para evitar desgracias; y, en efecto, la subsistencia de la rebelión es un origen perenne de riñas, alborotos, algaradas y descalabradas. Hace com^o



CORONEL PICQUART



M. LEBON

Gribouille, que por miedo á mojar se arrojó al agua. Hubiéramos visto como hubiese procedido un gabinete Mercier-Dumont-Rochefort-Padre Baillif si los *dreyfusards* se hubiesen atrevido á encastillarse en el local del *Figaro* ó de *L'Aurore*. Lo que menos enviaban á



M. GRIBELIN

buscar los cañones de mayor calibre del *Brennus* por considerar insuficientes los del tren de batir terrestre para la demolición de la fortaleza.

Grandemente importa que cese cuanto antes el espec-

táculo á que nos referimos, pues no solamente perjudica á Francia, sino que es piedra de escándalo para la civilización, consintiendo que unos cuantos locos den ejemplo de levantarse contra la Ley.

NOCHES DE ESTÍO

Viento grato pide el pecho;
y el vagar gusta á deshora;
ó dejar el hondo lecho
por la aérea mecedora.

La vuelta de la mañana
marca fiel la cordoniz;
al prever la luz cercana,
en las sombras es feliz.

Toda la noche es un canto:
al empezar, en las rejas;
y, al rasgarse el negro manto,
los pájaros, en las tejas.

En las calles y en las casas;
una fiesta universal;
cuelga el cielo azules gasas
de áureos globos de cristal.

Incienso que se consume
de una flor en el botón,
rompe en ondas el perfume
del jardín de algún balcón.

No duermen las mariposas
bajo el nocturno capuz,
y, entre danzas caprichosas,
cercan locas toda luz.

El grillo el aire taladra
con su rápida canción,
y á un fantasma el perro ladra
con la furia de un león.

Besan y abrazan los ríos
el cuerpo de las doncellas,

que, como mármoles fríos,
miran sólo las estrellas.

Como diablillos audaces,
juegan, con alegre ardor,
á la guerra los rapaces,
las pollitas al amor.

Yo también tengo mi amada;
también tiene en la hermosura
mi cansancio una almohada,
y un calmante mi amargura.

La que brilla y que gobierna
en los cielos de mi fe
es constante y es eterna;
huella la muerte su pie.

Yo la espero, yo la ansio,
cual á errante nube el mar;
y en las noches del estío
jamás me llegó á faltar.

Cuando el silencio dilata
el universo sin fin,
sale en carroza de plata
de su regio camarín.

Siendo linda cual ninguna,
yo soy de ella el girasol...
¿Mi amada? La argéntea luna.
¿Mi rival? El rubio sol.

Yo, por eso, estando ausente
el rey astro, en libertad
sigo fiel la blanca frente
de mi fúlgida deidad.

Y en las noches del estío,
do más sueña la ilusión,
á ella un beso ardiente envío
y mi más dulce canción.

JOSÉ DE SILES



OPORTO

(Fotografía del Sr. Guedes, de Oporto)

Oporto, ó *Porto*, sencillamente como dicen los portugueses, es la segunda ciudad del reino lusitano, capital del norte portugués y capital también de la provincia del Duero, á la vez que de una diócesis cuyo prelado suele ser nombrado Cardenal por la curia romana.

La ciudad cuenta cerca de 200,000 habitantes. Muchos y verdaderamente notables son los monumentos y edificios de Oporto, algunos de los cuales publicamos hoy, gracias á nuestro querido corresponsal artístico y literario en Portugal, Car-



PUENTE DE MARIA PIA

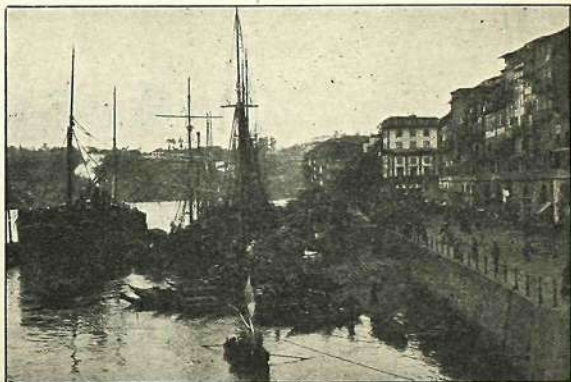


LA ADUANA

of York, pero es de esperar que en breve desaparezca el «molesto huésped», una vez se le combata con los eficaces medios de que ahora dispone la ciencia, y que á la ventaja de su seguridad reunen el de no ocasionar los gravísimos perjuicios que se seguían en otro tiempo. El aislamiento de los focos, la desinfección verídica y el alivio de la miseria son los tres grandes y sencillos factores que pueden contribuir á devolver prontamente á Oporto su normalidad, y á hacer desaparecer la natural zozobra de los países vecinos.

los Mendes, y á la fineza de nuestro compañero en la prensa portuense, Sr. Guedes de Oliveira, propietario de una de las más importantes fotografías de aquella ciudad.

Además de una hermosísima vista del muelle, llamado la *Ribeira*, y el edificio de la Aduana, importante de veras, puede verse en nuestras páginas el puente de D.^a Maria Pia, sobre el Duero, una de las obras más importantes en su género, proyectada y ejecutada por el famoso ingeniero M. Gustavo Eiffel. Baste decir que el arco central mide 160 metros de cuerda y que la flecha es de 42'60 metros. Hoy se halla la laboriosa ciudad afligida por la epidemia importada de la India por el *City*



LA RIBEIRA



—No hay ni pizca de consideración y por eso protesto, cierro y no os pago.
—¿Y ahora nosotros?
—Pues podéis protestar también.



Papaito! ¿Queréis todos en el mar?
—Sí, hijo mío, porque acaba de crecer la marea.



—Toma pronto el café, que puede haber timorito, venir los de las pedradas y los de los sablazos y..
—¿Otra! ¿Y qué?
—Nada: que entre unos y otros pues... te quedas sin líquido.



—¡Oh cara Lola! usted tan solita por estas soledades!
—Sí, Corolito; y usted siempre tan necio y con sus necedades.



—Quieren pisotearnos; esto es abusivo; el hombre es libre; y como protesta debemos cerrar todas las tiendas.
—Pues... yo no cierro por eso; porque el hombre es libre y porque no me da la gana.



Es hermoso siempre el campo excelente, encantador, y con vistas como estas es muchísimo mejor.

• EPITORIA •

Según dice un periódico de la Habana, el Sr. D. M. Alvarez está formándose en la América española una nueva escuela histórica que promete dar opimos frutos. Por ahora ha descubierto lo siguiente, que, como se verá, echa por tierra toda la *legenda dorada*:

D. Pelajo. — Fué un aventurero natural de Dinamarca, que llegó a las costas de Asturias en un bajel pirata. Unido a diez ó doce pastores, comenzó a molestar a Alkhamah, que se marchó de allí de puro asco que le daba el verle tan velloso y sucio.

Rodrigo Díaz del Vivar. — Picador de toros, natural de Cerdeña; falleció en una cornada en la plaza de Valencia.

Roger de Lauria. — Botero del puerto de Barcelona; pescador; después se volvió loco, entrándole la manía de querer pintar las barras de Aragón en todos los peces del Mediterráneo... Y por poco lo consiguió.

Alfonso X, el Sabio. — La leyenda *parda* le despoja de ese título; pues se ha descubierto que esto de *sabio* fué un mote que le puso su familia. Consta que no le olía bien el aliento.

Gonzalo Fernández de Córdoba. — Nació este matón en Berbería en 1453. Toda su fama es debida a las camorras que armó, sirviendo en Italia, en las tabernas de Garelano y Cerinola.

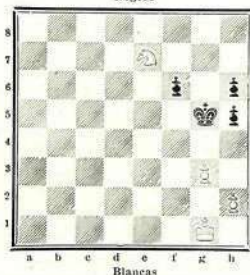
Isabel la Católica. — Nacida en Tetuán en 1451. Ignórase por qué arte de birlibiribloque llegó a ser reina. Un timador la estafó las joyas prometiéndole el oro y el moro.

Cristóbal Colón. — Es el timador que hemos dicho. Era natural de Cuenca. Quieren atribuirle algunos el descubrimiento de América, pero está más que sobradamente probado que América fué descubierta por

Problema de ajedrez núm. 9

POR Y. S.

Negras



Las blancas juegan, y dan mate en 4 jugadas

los Hunos en el siglo v y por los otros en el siglo vi.

Hernán Cortés. — Hijo de Sebastópol; se vino a España de mogollón. Tomó alguna parte en la conquista de Méjico y murió en Sevilla de barbero.

Miguel de Cervantes Saavedra. — Hijo natural del Bey de Argel; fué hombre muy honrado, sin embargo, pues él mismo declara que el verdadero autor del *Quijote* es su correlligario y paisano Cide Hamete Benengeli.

D. Francisco de Quevedo y Villégas. — Fué un rufián, natural de Tierra Santa y era el Bertoldo de la corte de Felipe IV. Sólo compuso algunas obras pornográficas, celebradas en los garitos de entonces.

Bartolomé Esteban Murillo. — Tuvo un rastro en la ciudad de Sevilla pero él tra rifeño. Le compró unos cuadros viejos a un pintor inglés y tuvo la desvergüenza de hacerlos pasar por suyos.

Y así se escribe ahora la historia, en las Américas, donde se da el caso de anunciarse una obra original de

D. Nicolás Heredia, en la cual quedará demostrado que Caifás nació en Castilla la Vieja.

HUEVOS FRESCOS

Para conservar los huevos frescos se prepara la siguiente fórmula:

Aguas de cal, 5 litros; cloruro de sodio, 300 gramos.

Se disuelve el cloruro de sodio (sal común en el agua de cal), y en esta disolución se sumergen uno a uno los huevos que se desean conservar, dejándolos sumergidos algunos minutos, diez a lo más. Después se sacan y se dejan secar al aire.

Es indispensable echar la sal para evitar que los huevos tomen el mal gusto al contacto de la cal.

En estas condiciones los huevos pueden conservarse algunos meses.

CHARADA

Primera con dos quien va de una cera a la de enfrente; ¡prima tres friol no se como los frios se cuecen; tercera nota musical que es del pentagrama 'empiece. Es total el caballero que en el pecho ostente ó lleve de la salvación el signo bordado ostensiblemente.

GEROGLÍFICO COMPRIMIDO

Alfonso XIII noté

Las soluciones en el próximo número.

SOLUCIONES

a los pasatiempos del número anterior

Charada. — Novelar.

Geroglífico comprimido. — Utensilio.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. * INSÉRTESE Ó NO, SO SE DEVELARÁ NINGÚN ORIGINAL.

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRAFICO EDITORIAL DE RAMON MOLINAS: PLAZA DE TETUAN, 50.—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid



Ayuntamiento de Madrid